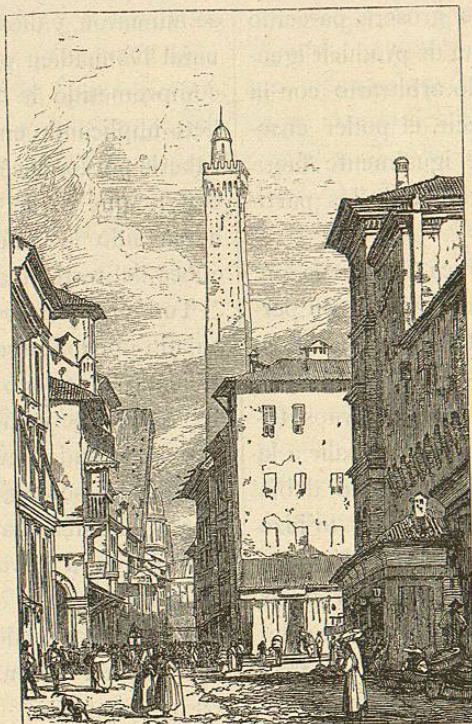


le salió al encuentro ofreciéndole su dimisión, diciéndole que después de lo ocurrido él quedaba fuertemente comprometido con el conde de Artois y que no queriendo ser su víctima ofrecía su dimisión. Con esto quedó el ministerio todo consternado, porque comprendía que sin Decazes no le era posible presentarse ante las Cámaras, y resolvió afrontarlas. Las sesiones se abrieron el día 10 de Diciembre de 1818. La Cámara de los pares al formar su mesa eligió personas significadas y ene-

migas de la ley electoral. La Cámara de diputados hizo lo mismo pero en sentido inverso. El conflicto no podía, pues, presentarse de una manera más franca. El gobierno no tuvo más remedio que presentar en masa la dimisión al rey, para que un nuevo gobierno, expresión de la voluntad del monarca, dirimiera el conflicto en el sentido que el rey indicara con sólo nombrar los nuevos ministros.

Sabiendo la Cámara de diputados que lo que estaba en juego era su existencia y la ley electoral



Bolonia.—Acuarela de Bonington

que le había dado vida, no vaciló un momento en abordar la cuestión y en el mensaje ó discurso de la corona, como decimos hoy, introdujo una frase en la que decía: «que se opondría á todo ataque contra la Carta y contra las instituciones que emanaban del espíritu de la Constitución.» Esto salvó á Decazes para quien Luís XVIII consentía en buscar un retiro, pues ante las amenazas de la Cámara, complicada con una baja brutal de los fondos públicos, Richelieu se asustó, declaró terminada su carrera política y se retiró.

Resolvióse la crisis entonces como quiso Decazes quien, sin embargo, no se atrevió á tomar el puesto de Richelieu haciendo que lo ocupase el general Desolles muy bien visto por el emperador de Rusia, de modo que el hombre que más había gritado contra la intervención de los gobiernos extranjeros en los asuntos de Francia, era ahora el primero en

darles derecho á esa inmixción, no ya en el nombramiento de Desolles, sino con haberle preguntado á Alejandro si le era grato tal nombramiento.

El gobierno Desolles-Decazes fué desde luego atacado en toda regla en la Cámara de los pares en la sesión del día 20 de Febrero de 1819, en cuyo día el marqués de Barthelemy defendió la proposición por la que se pedía al rey la modificación de la ley electoral. Decazes se declaró francamente en contra y amenazó á los pares con nombrar una hornada de ellos para contrarrestar sus votos reaccionarios. La Cámara no hizo caso de la amenaza del ministro y el día 2 de Mayo votó la proposición Barthelemy. Tres días después Decazes hacía nombrar por el rey sesenta y cinco nuevos pares para que, juntos con los cincuenta y cinco que habían votado contra la proposición Barthelemy, anularan

la mayoría de los noventa y ocho que había tenido. El Rubicon parecía que se había pasado y que Luís XVIII se había entregado á Lafayette y á sus amigos. La consternación y el furor de los realistas llegaba á la vez á su colmo.

Los liberales se despacharon desde este momento á su gusto denunciando desde la Cámara los crímenes de los realistas. De Serre, el ministro de Justicia, un antiguo soldado de Condé, honrado y entusiasta, les hizo cara, y todos juntos cubrieron de lodo y de baldón á los realistas.

Decazes vino entonces con tres leyes nuevas destinadas á sellar su alianza con los liberales, relativas á la libertad de la prensa, por las cuales se entregaban los delitos de la prensa al jurado, se prohibían las recogidas previas, y se fijaba como condiciones únicas para la publicación de un diario el depósito y la designación de un editor responsable. Si á esto se agrega que los nuevos pares pertenecían en su casi totalidad á los senadores de los Cien días antes expulsados de la primera Cámara realista por esta circunstancia, y que juntos con ellos entraron pros-



Evreux.—Acuarela de Bonington

critos y hasta regicidas, se comprenderá todo el alcance del golpe de Estado parlamentario del 5 de Marzo, la alarma que con él se produjo en el país y las grandes esperanzas de los liberales.

¿Cómo habían podido triunfar los liberales en las elecciones? Por su organización y disciplina. De los días tristes de 1816 databa su organización secreta; su organización pública databa sólo de Noviembre de 1817, en cuya fecha se fundó la *Sociedad de los amigos de la libertad de la prensa*, en la cual trabajaban juntos Lafayette y Argenson, Broglie y Lafitte. Lafayette y Argenson eran el centro de toda la organización. En la sociedad secreta *La Union* se trataba de derribar á los borbones; en la sociedad pública de libertad de la prensa y de derechos constitucionales, pero un comité formado por individuos de las dos sociedades, de los que no querían compo-

nendas con los borbones, trabajaba á espaldas de la *Sociedad de los amigos de la libertad de la prensa* para librar á Francia de la posibilidad de que llegara á reinar el conde de Artois.

Gervinius, que reconoce que este era el gran peligro que corría la libertad en Francia, que todo era de temer y de esperar si Carlos subía al trono, acusa, sin embargo, á los liberales de precipitación y de impaciencia, mientras reconoce que en 1819 llegó á temerse la muerte del rey. Que el peligro era grande, que era de temerse todo, nos lo dice no sólo lo que fué luego el gobierno de Carlos X, que llevó á la dinastía borbónica de catástrofe en catástrofe á la revolución de 1830, sino el que por este mismo tiempo los gobiernos extranjeros, los que se habían constituido en protectores de Francia, estudiaron los medios de impedir la exaltación de Carlos X pro-



clamando á su hijo, al inofensivo duque de Angulema.

Preferencias los liberales no las tenían bien fijadas ni claras. Los Orleans tenían sus amigos, pero no tenían un partido, tan cierto es esto que los liberales acogieron bien el proyecto de derribar los borbones substituyéndoles la dinastía de Orange, y aún cuando es cierto que el rey de los Países-Bajos fué siempre opuesto á este proyecto, su hijo el príncipe heredero estaba loco por él, proponiéndose conquistar el trono de San Luis si era necesario con los batallones belgas. Carnot mismo dió su asentimiento y se prestó á pasar á Rusia para convencer al emperador Alejandro, pero este emperador-quiote hizo caso de honor el tocar á Luis XVIII y todo se deshizo; Alejandro, sin embargo, ofreció que se estudiaría la cosa cuando llegara el caso de ser proclamado Carlos X.

Inglaterra llevada por Wellington, á quien valió su intervención la bala de un asesino que por fortuna no le alcanzó, se declaró desde luego en contra del plan del príncipe de Orange, porque Inglaterra consideraba á Bélgica como un apeadero suyo en Europa, y por consiguiente, no podía consentir que ese apeadero que tanta sangre le había costado viniera ahora á formar parte integrante de la monarquía francesa. Así lo que quería Wellington era que se dejara á Carlos de un lado y se proclamara al duque de Angulema. Prusia, dicho se está que era también enemiga del primer proyecto y que Gneisenau y Stein se pusieron de acuerdo para impedirlo, caso que Rusia quisiera favorecerlo. Esta conspiración diplomática no podía quedar oculta al gobierno y éste cualesquiera que fueran sus antipatías contra el conde de Artois, se había de ver obligado á intervenir aún cuando no fuera más que para salvar su responsabilidad, resultando de aquí un proceso, algunos destierros y la disolución de la *Sociedad de amigos de la libertad de la prensa*.

Si no el rey, los ministros hubieron de ver desde luego que los liberales, no pudiendo contener el empuje que recibían de la masa que habían disciplinado para el desquite, iban desbordándose por todos lados y que corrían peligro de ser arrollados y presos, pues, habiéndoles dado en los primeros momentos satisfacción removiendo de sus puestos á gran número de gobernadores de provincia ultra realistas, los nuevos creyeron que debían ser expansivos y tolerantes con los liberales y algo severos con las manifestaciones clericales absolutistas: así llegaron á prohibir las misiones, lo que tuvo que des-

autorizar Decazes, que ya se había encontrado con la dimisión de Royer-Collard al poner mano sobre la Universidad en vista de la petición de los estudiantes para que se respetara la ley electoral. Los ultras, que ya habían denunciado á la Universidad como un antro de ateísmo y de demagogia, aprovecharon esta ocasión para exaltar los peligros que corría el orden, y Decazes censuró la conducta de los estudiantes. Pero Royer-Collard no fundó su dimisión en esto, sino en haberse castigado á los que se habían opuesto á las misiones, de esta manera daban los doctrinarios más relieve á su actitud.

Es en estos momentos tan favorables para todo lo que tienda á mantener tirante la cuerda de la exaltación, cuando Beranger, el poeta popular por excelencia y que hasta aquí no había cantado más «que las mujeres, el vino y la barca de Caron,» como él mismo decía, lanza sus primeras canciones políticas que resuenan en un día de uno á otro extremo de París y á poco por toda Francia, de los Pirineos al Canal de la Mancha y del Rhin al Océano.

Beranger, usando del lenguaje y giros populares, con cierto aticismo, satirizaba amargamente el miedo que se tenía de hacer uso de la libertad y de la Constitución, llamaba obra del diablo la de las misiones, destinadas, decía, «á apagar las luces y á encender las hogueras;» zurriagaba á los que en las Cámaras se inclinaban, ora de un lado, ora de otro; ponía de relieve lo que se podía esperar ó mejor lo que no se podía esperar «del hombre del día,» de Decazes, y lo mismo insinuaba del rey y del reinado de esos mirmidones que bailaban al rededor de la tumba de Aquiles. ¿Beranger era un bonapartista? Esto se preguntaban los que leían sus canciones, pero en Beranger, más que un republicano lo que había era un hombre lleno de odio por los borbones. Para mostrarles fingía simpatías por los bonapartistas, y tan cierto es que no era un intransigente, que Beranger principió por halagar á los borbones en sus canciones cuando creyó posible que éstos se reconciliaran con la libertad y con la civilización moderna.

Esta tensión de los espíritus que no pudo aflojar el gobierno por su miedo á la libertad, había de producir un estallido, y como si todo lo hecho hasta aquí no fuera bastante á promoverlo, el partido liberal secundado por los ultra-realistas en las elecciones para la renovación del quinto de la Cámara del año 1819, se presentó tan fuerte, que esta vez de los cincuenta y cuatro diputados que se habían de elegir, sacaron treinta y cinco, y á su frente el viejo obispo de Blois, Gregorie el regicida. Cierto, esta elección fué una imprudencia del partido liberal, y

aunque lo comprendió y anuló luego al reunirse las Cámaras su elección por vicio de forma, el mal estaba ya hecho. El rey Luis XVIII comprendió que andaba extraviado, y el rey y los ministros estaban consternados. Las potencias extranjeras indignadas reclamaron enérgicamente la abolición ó reforma de la ley electoral, que debía tomar por base la elección indirecta. El rey consintió y pidió la reforma de la ley electoral. Decazes y de Serre se pusieron de parte del rey, pero Desolles, Gouvion-Saint-Cyr y el barón Louis, que había entrado en el ministerio al caer Richelieu, se declararon por la ley. De aquí una crisis ministerial que determinó la salida de los tres ministros citados y la entrada de Pasquier, Latour-Maubourg y Roy; Decazes comprendió que había llegado la hora para él de cargar con el peso de todas las responsabilidades, y se encargó de la presidencia.

Motivó esta crisis que las Cámaras no se reunieran hasta el día 29 de Noviembre de 1819, y en el discurso del trono, el rey, sin ambages ni rodeos, anunció la reforma de la ley electoral, para dar mayor solidez y reposo á la Cámara, y evitar la lucha de las facciones en su seno y en el país á cada renovación parcial de la Cámara. Para llegar á este resultado, los que no querían que se tocara para nada la Carta, proponían ahora que la Cámara se renova-

se integralmente cada siete años, de lo que antes se había hecho una cuestión de vida ó muerte, y de la misma manera se volvió á lo hecho por Talleyrand, y abolido en 1816 respecto del número de diputados. Las elecciones eran de dos grados. En las asambleas cantonales se habían de elegir á los electores encargados de elegir á los diputados, debiendo ser aquellos tomados de unas listas de electores que pagasen á lo menos mil pesetas de contribución, y aún la mitad de los que debían elegirse era preciso tomarlos de los que pagaban las dichas mil pesetas por contribución territorial.

Anunciábase el año 1820 como un año decisivo para la libertad y para la dinastía en Francia, y en efecto lo fué; pero las resoluciones que se tomaron fueron debidas como siempre á influencias extranjeras, sólo que, esta vez la influencia vino de España y no de Rusia, no se llamó Alejandro el que dispuso de los destinos de Francia, sino Riego, y como de esto no hemos hablado aún para España, dejemos para luego ver lo que le sucedió á Decazes, y como fué derribado y empezó para los borbones su último reinado de diez años, que también veremos ahora al ocuparnos de Alemania, como los movimientos liberales de ese gran pueblo pudieron influir diferentes veces en la situación de Francia y en la general de Europa.

